

Chascon contra Taurin



Chascon

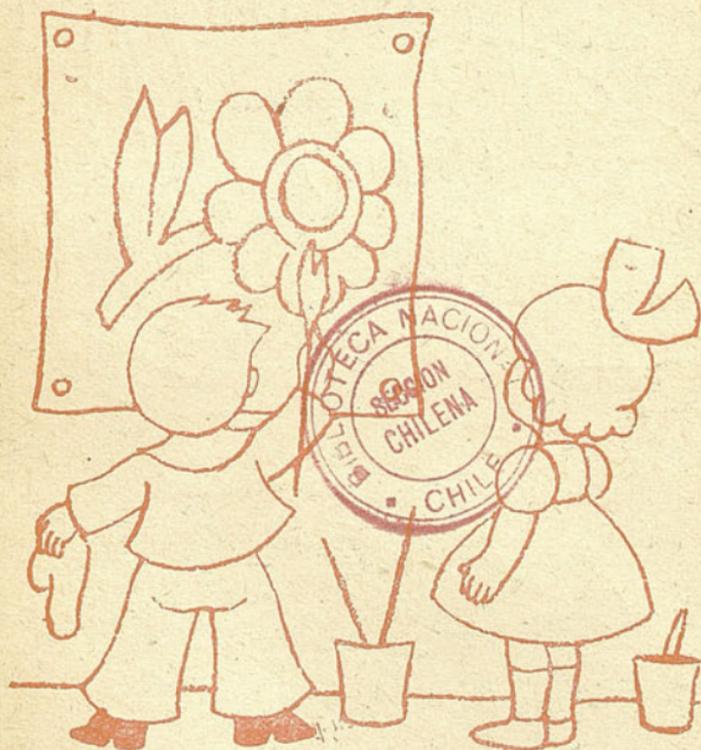
Revista infantil

Nº13
Año1



Redacción y Administración: Agustinas 1639.—Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Sea tan buen pintor como este niño. Pinte el cuadro del concurso, que aparece al final de la revista, y podrá obtener un buen premio. Lea las bases de nuestro concurso, que se publican en la página 32, y se entusiasmará.



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 13

Después de darle al cocodrilo el feroz golpe con la cadena, que le hizo caer todos sus dientes, Chascón se echó al hombro al animalejo, dispuesto a protegerse con él, en caso de que los indios le atacaran.

—Como este es un cocodrilo sagrado—se dijo Chascón—no se atreverán a atacarme mientras yo lo lleve encima, lo mismo que si se tratara de una armadura o de un amuleto.

Estaba pensando así cuando aparecieron los indios. Al verle con el cocodrilo en hombros, todos los infelices indios lanzaron un aullido de espanto y cayeron de rodillas.

—Este es un hombre sagrado—comenzaron a gritar—es muchísimo más sagrado que nuestro cocodrilo, ya que lo ha vencido con tanta facilidad.

Chascón se dió cuenta del asombro que causaba y entonces dejó caer al suelo el cocodrilo y, para demostrar su poder extraordinario, le puso el pie encima.

—¡Horror! — gritó el jefe de los indios. ¡Está pisando a nuestro ídolo!

—No quiero tantos gritos ni tantos gestos — exclamó Chascón, un poquito molesto ante aquellas extrañas manifestaciones que hacían los indios, siempre de rodillas.

Los indios al reparar que Chascón se había enojado de veras, inclinaron con humildad las frentes, golpeando con ellas el suelo duro.

—¡Eres todopoderoso! — murmuraron. Te pertenecemos, Chascón, en cuerpo y alma. Mándanos, para que obedezcamos.

Chascón, al oír tales palabras, se irguió cuanto pudo y sonrió satisfecho.

En esos precisos instantes, el hechicero de la tribu avanzó dando saltitos. Era un hombre muy feo y muy viejo. Su cuerpo estaba cubierto de pieles y en su pecho se veían extraños tatuajes. Todos los indios levantaron los ojos, para no perder nada de la escena que vendría después.

—¿Qué quieres de mí? — le preguntó Chascón al hechicero. ¿Por qué avanzas así, bailando como los pavos que han caído dentro de una lata caliente?

—Escúcheme, poderoso señor — contestó el hechicero. No te enfades conmigo, ni con ninguno de mis hermanos de tribu. Nada queremos hacer en contra tuya; al contrario, estamos dispuestos a dar por ti nuestras vidas, si tú nos las pides...

Chascón iba a retorcerse el bigote, de puro contento, pero recordó que no lo tenía, de manera que se limitó a rascarse la barba...

(Siga leyendo en las páginas centrales estas maravillosas aventuras).

El Almohadón Encantado



Ante los puestos había una gente muy extraña.

Elena y Daniel estaban muy enojados con su aya. Habían construido una hermosa casa de ladrillos de juguete en el suelo del cuarto destinado a sus pasatiempos, y ella les obligó a demolerla antes de salir.

—¿Por qué no la dejamos así mismo hasta nuestro regreso?— preguntó Elena—. Con toda seguridad no impedirá el paso de nadie.

—No es posible dejarla así — contestó el aya—. Al llegar querréis jugar a los trenes o con las muñecas, y entonces deja-

ríais los ladrillos por el suelo, desordenados. Hacedme, pues, el favor, de demoler cuanto antes la casita y guardar los ladrillos.

Los niños obedecieron de mala gana y aún perdieron su interés por salir, a pesar de que se trataba de ir al mercado, lugar siempre muy interesante. Y cuando hubieron terminado, el aya se los llevó a la calle.

—Cuando estemos en el mercado, nos escaparemos del aya — murmuró el travieso Daniel al oído de su hermana—. Iremos por la parte posterior del mercado y ella no sabrá donde estamos.

En efecto, mientras la buena mujer estaba entretenida en comprar mantequilla, los dos niños se escaparon por entre los puestos, yendo a parar a una especie de patio, donde había multitud de objetos inservibles. Siguieron a lo largo de un pasaje y de esta manera llegaron a otra plaza, donde también había mercado.

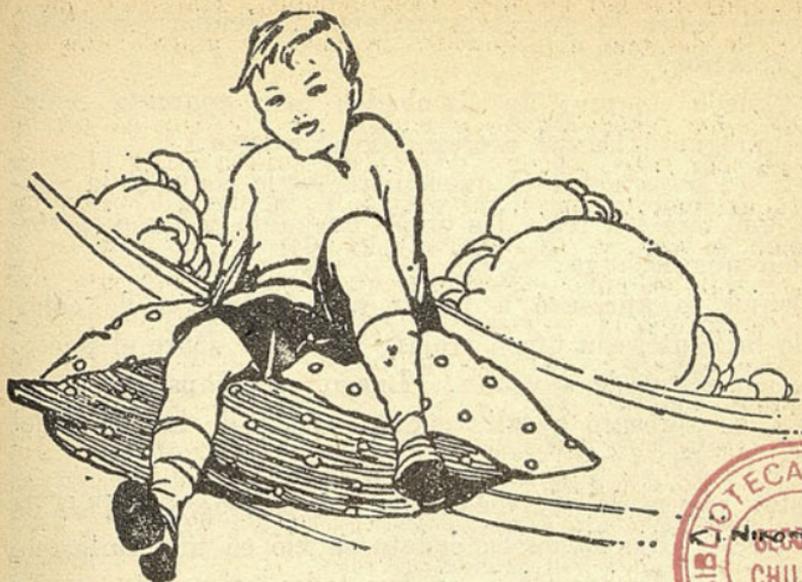
Pero muy extraño, no sólo por sí mismo, sino también por las extrañas personas que había en los puestos. Todos tenían las orejas puntiagudas, los ojos oblicuos, que resplandecían como estrellas, y vestían unos trajes muy raros y de vivos colores. Y en cuanto vieron a los niños, parecieron quedarse en extremo asombrados.

—¡Qué lugar tan raro! — exclamó Elena con los ojos muy abiertos—. ¡Y qué gente tan extraordinaria!

—Más parecen duendecillos y genios que personas verdaderas — observó Daniel en voz baja—. ¡Y pensar, Elena, que no sospechábamos que al lado del otro hubiese este mercado!

—¿Qué quieren ustedes comprar, señores? — preguntó un hombrecillo de aspecto muy divertido, cuyo gorro tenía dos agujeros para dar paso a sus orejas.

—No... no... no que... queremos nada — contestó



Daniel salió por la ventana, montado en el almohadón.

Elena, algo asustada al notar el extraordinario brillo de los ojos de aquel hombre.

—¿Que no quieren nada? — replicó el vendedor—. Entonces ¿por qué han venido a nuestro mercado? ¿Acaso quieren vender algo?

—No — contestó Daniel—, hemos llegado aquí por equivocación. Nos marcharemos ahora mismo.

Pero el hombrecillo no quiso permitirles que se marcharan, sino que los cogió de las manos y los retuvo.

—Antes de marcharse es preciso que compren algo—les dijo—. Esta es la ley del mercado.

—No me quedan más de dos moneditas — dijo Daniel sacándolas del bolsillo. Y al mirar al puesto inmediato vió que en él no se vendían nada más que almohadones.

—Compra un almohadón para el sillón de nuestro cuarto— le aconsejó su hermana al oído—. Luego nos marcharemos

en seguida, antes de que estos extraños individuos se enojen contra nosotros.

—¿Puedo comprar un almohadón por cuarenta centavos? — preguntó Daniel acercándose al puesto.

—Sí. Escoja usted el que quiera — le contestó la vendedora, que también tenía las orejas en punta y los ojos verdes como una lechuga.

Daniel se apresuró a tomar un almohadón de color amarillo brillante, con topos rojos, y dejó sobre el puesto las dos moneditas de a veinte. Luego, en compañía de su hermana, se apresuró a salir cuanto antes de la plaza del mercado.

Estoy segura de que toda esa gente pertenece al País de las Hadas — dijo Elena en cuanto se vió en una calle que ya conocía—. ¿Te has fijado en que todos tienen las orejas puntiagudas? Te aseguro que llegué a temer que nos impidiesen marcharnos.

—Mira, ahí está el aya comprando todavía mantequilla — observó Daniel—. Veo que no nos ha echado de menos. Vamos a su lado. No le digas una palabra de ese extraño mercado, porque nos dirá que no le contemos tonterías.

Se acercaron corriendo al aya, que se ocupaba en pagar la mantequilla y los huevos que había comprado. Luego tomó a los dos niños de la mano y regresaron a casa. Daniel llevaba el almohadón debajo del brazo.

—¿Lo habéis comprado en el mercado? — preguntó el aya al fijarse en él—. ¡Me alegro, porque irá muy bien para el sillón del cuarto de los juguetes!

Una vez en su casa, los dos niños se sentaron, sucesivamente, en el almohadón, para darse cuenta de si advertían alguna diferencia entre él y los corrientes.

—Vamos a expresar un deseo a ver qué pasa — aconse-



Toda la gentecilla rodeó a los niños y empezaron a hablar a grito pelado.



jó Daniel—. Voy a sentarme en él y desearé algo.

En efecto, se sentó en el almohadón, que estaba sobre la silla, y exclamó:

—Quisiera hallarme en el jardín.

¡Ffffft! El almohadón salió por la ventana, en tanto que Daniel se agarraba con fuerza a él. No había la menor duda de que aquel almohadón estaba encantado. Elena apenas podía creer lo que estaba viendo. A su vez bajó al jardín, aunque por la escalera, para ver, en efecto, si estaba allí su hermano, y lo vió sentado todavía en el almohadón y sin atreverse a creer lo que le había sucedido.

Los dos hermanos, llenos de extrañeza, volvieron a su cuarto de juegos y hallaron al aya que, malhumorada, les preguntó dónde habían estado. Luego les ordenó que se lavaran las manos para ir a comer.

Los niños pusieron de nuevo el almohadón sobre el sillón y tras de lavarse las manos pasaron al comedor. Se sentaron a la mesa, pero era tanta su excitación, que no sentían ningún apetito.

Pero el aya no les hizo caso y les sirvió sus porciones acostumbradas.

—No comprendo lo que os pasa — dijo al fin la buena mujer—. Pero, en fin, como no quiero pasarme aquí la tarde, seguid comiendo y cuando hayáis terminado ya iréis a encontrarme—. El aya se dirigió al cuarto de los juguetes y se sentó en el almohadón mágico.

De pronto, los niños oyeron desde el comedor un fuerte ronquido. La buena mujer se había quedado dormida. Daniel la miró muy enojado.

—¡Ojalá se viese en un islote y en medio del mar!— murmuró el niño al oído de su hermana.

De pronto, los dos profirieron un grito al ver que el almohadón se levantaba en el aire con el aya dormida y



El asno volador se elevó batiendo sus azules alas.

desaparecía por la ventana.

—¡Oh, mira lo que has hecho! — exclamó Elena—. No te has acordado de que estaba encima del almohadón mágico. Y ¿qué hará ahora la pobre mujer en una isla y en medio del mar?

El niño se quedó asustado y trastornado. Aunque estaba molesto con el aya, no por eso tuvo la intención de hacerla desaparecer de aquel modo.

—¿Qué pensará cuando despierte y se encuentre en la isla? — exclamó—. ¡Oh, Elena! ¡Pobre aya! Ojalá yo no hubiese manifestado tan estúpido deseo!

—Y ¿qué haremos? — preguntó Elena—. Nadie nos creerá si contamos lo sucedido, pero es preciso hacer algo.

—Vamos al mercado donde compramos este almohadón— aconsejó Daniel—. Quizá su vendedora nos dirá lo que podemos hacer.

Se pusieron los sombreros y echaron a correr en dirección a la plaza del mercado. Hallaron el pasaje que llevaba al otro mercado de la gente del País de las Hadas y por fin llegaron a él. Y los vendedores de puntiagudas orejas miraron a los niños, en extremo sorprendidos.

—¿Para qué habéis venido? — preguntó un hombrecito vestido de amarillo y que calzaba unos zapatos muy puntiagudos.

—¡Oh! — exclamó Elena con lágrimas en los ojos.— Resulta que compramos aquí un almohadón mágico y hoy se ha sentado nuestra aya en él. Entonces mi hermano deseó que se hallase en una isla y en plena mar y la pobre desapareció. Quisiéramos saber cómo lograríamos hacerla regresar.

Aquella genticilla hizo un corro en torno de los niños y empezó a hablar a grito pelado, aunque los dos niños no podían comprender una sola palabra, pues hablaban el lenguaje de los duendecillos. Pero, de pronto, el duendecillo vestido de color amarillo impuso silencio a los demás y volviéndose a los niños les dijo:

—Iré a buscar a vuestra aya, utilizando el asno volador. ¿Queréis acompañarme?

—¡Oh, sí! — exclamaron los dos a la vez—. Es usted muy bondadoso. Pero ¿dónde está el asno?

Aquel individuo los llevó al extremo de la plaza y allí, atado a un poste, vieron un asno pequeño, pero de aspecto muy raro, porque era amarillo y con la cola y las orejas azules. Poseía unas alas enormes, también de color azul, y, en sus patas, las herraduras eran también del mismo color. Los niños no podían creer que estuviese vivo, pero no les fué posible dudarle, porque el animal dió un sonoro rebuzno.

—Este es el asno volador — dijo el individuo vestido de amarillo.



El aya estaba sentada en el almohadón encantado y continuaba dormida y roncando.

Montaron los tres y aquel extraño individuo lo hizo el último. De pronto dió un grito dirigido al asno y éste empezó a agitar las alas y emprendió el vuelo.

Aquello era fascinador. Los dos hermanos se agarraban con toda la fuerza y proferían exclamaciones de entusiasmo. Creyeron admirable verse en el aire y contemplar la tierra y las casas, que les parecían ser muy pequeñas. El asno volaba con una rapidez extraordinaria, de tal manera que los niños acabaron por cerrar los ojos y contener el aliento. Y no

pudieron ver nada por debajo de ellos, porque, a la sazón, volaban sobre el mar.

—Tal vez llegaremos pronto a una isla — gritó Daniel a su hermana.

—Precisamente hay una debajo de nosotros — dijo su compañero de vuelo.

El asno amarillo empezó a descender y, al fin, aterrizó en un islote cubierto de verde.

—Quedáos aquí — dijo el hombre del traje amarillo, apeándose—. Pronto veré si está vuestra aya.

Volvió a los pocos momentos, meneando la cabeza, de modo que reanudaron el vuelo para descender en otra isla.

De esta manera recorrieron varias y los niños empezaban ya a perder la esperanza.

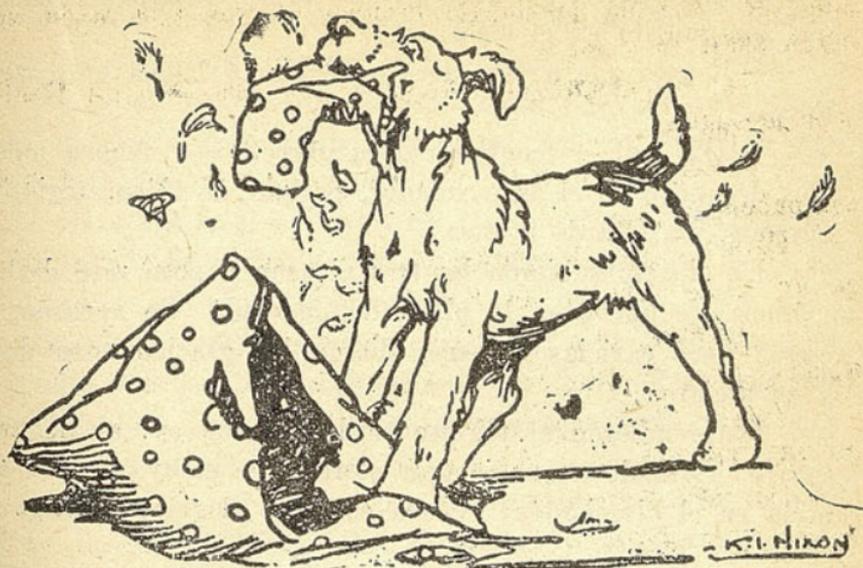
—No os apuréis — les dijo el duendecillo—. Estoy seguro de que la encontraremos muy pronto. La próxima isla tiene cierta atracción especial para las almohadas, las alfombras y las esteras, y es posible que esté allí.

El asno descendió sobre otro islote y el hombrecillo se apeó otra vez para ir en busca del aya. Mientras tanto, los niños se quedaron contemplando los árboles y las brillantes flores. De pronto oyeron un ruido muy curioso. Miraron en todas direcciones, más no pudieron descubrir la causa.

—¿Qué será eso? — dijo Daniel muy asombrado—. Parece que alguien ronca por las cercanías. ¿No será el aya?

Los dos niños se apearon a su vez y fueron a ver si descubrían la causa de aquel ruido.

Ya habréis supuesto que era el aya. Estaba sentada sobre el almohadón mágico y roncaba con toda su fuerza. A su alrededor, los niños pudieron ver numerosas flores y en un árbol inmediato cuatro ardillas de brillantes colores que la contemplaban muy asombradas.



El perrito destrozó el almohadón.

—¡Mira, ahí está el aya! — exclamó Daniel—. ¡Qué contento estoy!

—Pues aún está dormida, de modo que si la devolvemos a casa sin despertarla, no llegará a enterarse de que ha estado aquí — exclamó la niña.

En aquel momento se acercó el hombre del traje amarillo y miró muy asombrado a la dormida aya.

—No la despierte — murmuró Daniel—. Vamos a devolverla a casa sin que se entere de nada.

El hombrecillo hizo una señal de afirmación y se apoyó en un árbol a fin de esperar.

—Deseo que el aya se vea de nuevo en casa sin despertarse — dijo Daniel.

En el acto se levantó el almohadón encantado llevándose al aya, y emprendió el vuelo hacia el Oeste, con una rapi-

dez extraordinaria, de modo que, en breve, el aya no fué más que un puntito en el cielo.

—Espero que no se caerá — exclamó Elena muy asombrada.

—¡Oh, no! — contestó el hombrecillo—. Ahora montemos de nuevo en el asno volador, porque, de lo contrario, llegaremos muy tarde a casa.

En el acto subieron los tres al asno y poco rato después viéronse de nuevo en la plaza del mercado. Se apearon, hicieron unas caricias al asno, dieron las gracias a su dueño y se alejaron.

Emprendieron el regreso a la carrera y, al llegar al cuarto destinado a sus juegos, vieron que el aya seguía dormida en el almohadón. Elena consultó el reloj y luego exclamó:

—Sólo han pasado diez minutos.

—Eso obedece a que el tiempo en el País de las Hadas es muy distinto del nuestro. Mira, vamos a comer — dijo el niño—, porque tengo apetito.

En efecto, volvieron al comedor y se comieron todo lo que aún estaba en el plato. El aya abrió los ojos, los miró y se dió por satisfecha al ver que habían terminado su comida.

—Tengo mucho sueño — acabó diciendo la buena mujer.

—Ha estado usted durmiendo y roncando, aya — le dijo Elena.

—No. Estoy segura de que no me he dormido. No hice más que cerrar los ojos un momento.

Los niños quisieron explicarle lo sucedido, pero, como es natural, ella no creyó una sola palabra y pensó que trataban de burlarse de ella. En vista de su incredulidad, los dos hermanos le ofrecieron llevarla al mercado que habían

visitado ya en varias ocasiones, y aunque el aya, naturalmente, no creía cosa alguna, se dejó llevar.

Una vez llegados al mercado normal y corriente, buscaron el pasaje que conducía al otro, mas no pudieron hallar aquel paso.

—¡Qué lástima! — exclamó Daniel, disgustado—. Pero no importa, volveremos a casa y ya verá usted las cosas de que es capaz ese almohadón mágico.

En efecto, volvieron a casa; pero al entrar en el cuarto de juegos vieron que Leal, el perrito, había destrozado el almohadón con los dientes y el suelo estaba lleno de plumas de un aspecto rarísimo.

—Ya veis cómo no hay una palabra de verdad en todo lo que me habéis contado — dijo el aya, muy satisfecha—. Supongo que ahora os daréis cuenta de que no se me engaña con tanta facilidad.



LUCERITO WATT

indica que la casa, dibujada en la cartulina, está cortada verticalmente, de una manera que, pueden verse los interiores de todas las piezas.



1.— Chascón dejó al cocodrilo en el suelo y le puso el pie encima, para demostrarles a los indios su poder.



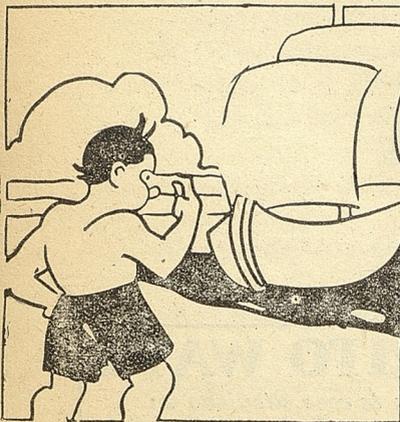
2.— Entonces, bailando una extraña danza, el hechicero de la tribu se adelantó hacia Chascón. Le dijo: "El vencedor del cocodrilo sagrado puede pedir lo que quiere, porque todo le será concedido."



3.— Chascón bajó de la nave y comenzó a andar por la ribera. No lejos, Tarzán estaba haciendo una hoguera para calentarse un poco y para asar un pato que había cazado.



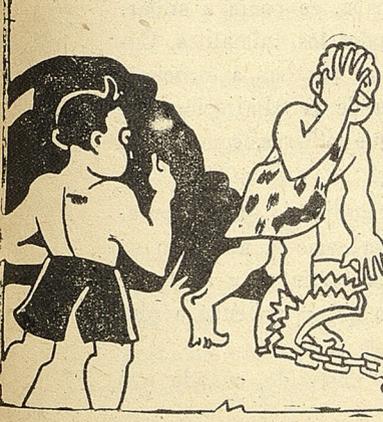
4.— En cuanto divisó a Chascón, Tarzán huyó dando terribles gritos. Chascón, que estaba con hambre, se comió el pato.



5.— Chascón, riendo de estas palabras, dijo por broma: "Quiero que en el río aparezca una nave que me lleve lejos". Y la nave apareció.



6.— Chascón se despidió de los indios y se fué a la nave. Después de corta navegación, se encontró el bote en que había hueco para Tarzán. Estaba amarrado a la orilla.



7.— Después empezó a perseguir a Tarzán. Lo encontró caído en una trampa para fieras y lo liberó.



8.— Chascón se echó al hombro a Tarzán, que no podía caminar, y por el trayecto le fué diciendo que después lo castigaría. De repente se oye un rugido...

¿Qué podía ser aquello? ¿Qué harán Chascón y Tarzán?

El Conejito Pintor

Cachirulo tenía unas enormes orejas y se veía muy bien, al decir de las señoritas conejas que andaban por los campos. Esto quiere decir, en buenas cuentas, que Cachirulo era conejo. Y así era, en verdad: un lindo conejo blanco, de ojos de oro. Pero la historia de Cachirulo es sumamente importante para contarle en un dos por tres. Cachirulo era pintor. Tenía una paleta, tubos de colores, pinceles y mucho lienzo, muchísimo, para pintar sus cuadros prodigiosos.

Todos los domingos, Cachirulo se iba al campo en busca de lindos paisajes. Mientras caminaba, se ponía a silbar. Esto llamaba mucho la atención de todos los animalitos. Cabras, gallinas, cerdos, perros y gatos se paraban a escucharlo. Pero Cachirulo no se daba cuenta de la admiración que despertaba. Seguía caminando, silba que silbarás, como si tal cosa.

Un día llegó a un paisaje extraordinario. Las montañas eran doradas, los árboles brillaban como si acabaran de limpiarlos con agua y jabón, el agua corría muy azul por entre los montes. Cachirulo se detuvo ahí y comenzó a pintar.

En esto estaba, completamente abstraído, cuando oyó una voz que decía:

—Cachirulo, eres tan aplicado, eres tan trabajador, que yo voy a protegerte.

Cachirulo dejó los pinceles y miró a su derecha y a su



*Los animalitos, se quedaban embobados oyendo silba.
Cachirulo.*

izquierda. Entonces vió a una niñita muy pequeña, que despedía una luz muy suave.

—Seguramente es un hada — se dijo Cachirulo.

—Sí, soy un hada — le dijo la niñita, que había adivinado su pensamiento. Me llamo Laboriosidad y premio a todos los que se acuerdan de mí porque son trabajadores.

Cachirulo movió la colita, tomó de nuevo los pinceles y dijo que estaba muy contento de conocerla. Entonces el hada le pidió que siguiera pintando y que después vería cómo su suerte iba a cambiar.

Dijo esto y desapareció. Cachirulo la echó mucho de menos, pero, para consolarse, volvió a pintar con entusiasmo aquel paisaje encantador que tenía ante sus ojos. Pintó, pintó, pintó sin cansarse. En el lienzo fueron apareciendo las montañas de oro, los árboles brillantes, el arroyo azul. Cachirulo quedó muy satisfecho de su obra y se fué con ella a la ciudad, silbando su canción preferida.

Llegó a una tienda en que se vendían cuadros, entró y propuso que le compraran su obra. El dueño de la tienda se

extrañó de que un conejo fuera pintor, pero como había visto muchas cosas raras en su vida, miró el cuadro, quedó encantado y lo compró.

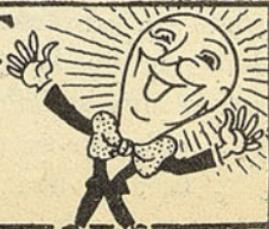
Así comenzó la fama de Cachirulo. El cuadro fué exhibido en la tienda. Entraron unos señores de barba blanca, lo miraron, lo volvieron a mirar y lo compraron en una fuerte suma. En seguida comenzaron a buscar a Cachirulo por todas partes. Lo encontraron en el campo, en su madriguera. Se había comprado muebles y vivía como un millonario. Entonces los señores de barba blanca se lo llevaron a la ciudad, le dieron una medalla de oro por su obra y lo nombraron pintor oficial de ese lejano, lejanísimo país.

Cachirulo pintó durante muchos años, adquirió una gran fortuna y, como era conejo, se compró todos los días las mejores hierbas para su comida. Así empezó a engordar, cosa que le alegraba muchísimo porque él siempre se había reído de los conejos flacos.



LUCERITO WATT

*dice: que el concurso
consiste en indicar
la intensidad de Luz
eléctrica que necesita
cada pieza*



LA VERDAD

Con su carroza, el señor alcalde atropelló a un rico mercader.

Fué una tardé de fiesta. En el pueblo se celebraba el santo del Patrón: San Cristóbal. Y se habían preparado corridas, fuegos artificiales, desfiles y toda clase de diversiones.

Los caballos que arrastraban la carroza del señor alcalde pisotearon al rico mercader y le dieron muerte.

La viuda y los hijos pidieron a los jueces que hicieran justicia contra tal atropello.

La desgracia ocurrió junto al puente donde jugaban dos niños: Anín y Miguel. Así fué como, a la mañana siguiente, se presentó un gendarme y dijo:

—De parte del señor alcalde que se presente Anín—; y en casa de Miguel dijo igual cosa...

Los niños obedecieron. El señor alcalde los recibió:

—Oíd — dijo —; ¿vosotros habéis visto lo que ocurrió?

—Si, señor. Que usted mató con su coche al mercader — dijo Miguel.

—Justamente — repuso el alcalde —; pero se trata de decir lo contrario. Aquí tenéis dos bolsas llenas de monedas de oro. Una para cada uno, a condición de decir que no fué mi coche, sino el carro de Perico el labrador, que venía detrás de mi carroza, el que mató al mercader,

Anín tomó la bolsa de oro y apretándola cōtra su pecho repuso:

—Puede estar tranquilo el señor alcalde; yo declararé que Perico fué quien mató al mercader.

—Eso es — dijo el alcalde —, y Perico será condenado a morir en la horca.

Ni siquiera esta perspectiva para el labrador inocente conmovió a Anín...

En cambio, Miguel rechazó la bolsa de oro y dijo:

—Jamás, señor alcalde, dejaré de decir la verdad. Perico el labrador es inocente. Tiene la mujer enferma y cuatro hijos pequeños que morirían de hambre, si lo hace usted condenar injustamente.

—Yo me encargaré de darles otra bolsa de oro.

—Ni así, señor alcalde, cometeré el pecado de la mentira.

—¡Lo pagarás! — dijo furioso el alcalde.

Fueron llamados los dos niños a declarar ante la justicia. Allí estaba el pobre Perico, con la cabeza entre las manos, llorando su desdicha.

Anín le acusó. En cambio, Miguel dijo al juez:

—¡No puedo vender mi honradez por una bolsa de oro! Soy pobre, pero he de decir la verdad. Mis ojos vieron morir al mercader bajo las ruedas de la carroza del señor alcalde.

Anín fué puesto en libertad. En cambio, el alcalde hizo llevar al calabozo a Miguel.

—Aunque me ahorquen — decía Miguel — no faltaré a mi palabra; no traicionaré a la verdad.

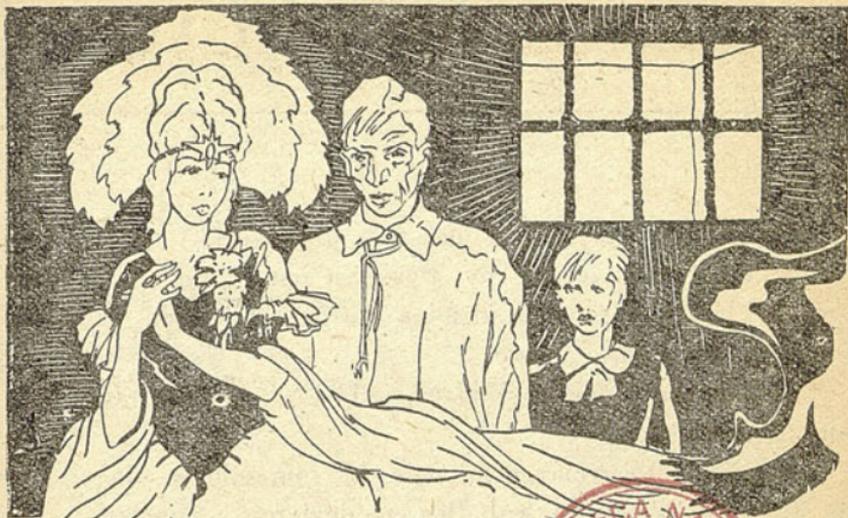
El proceso llegó a su fin. Perico fué condenado por las patrañas del alcalde y Miguel fué condenado con él.

El pueblo estaba revolucionado.

—¿Por qué no mentirá ese tonto? — decían todos.

Pero Miguel fué inflexible.

—¡Prefiero morir antes que mentir!



Porque siempre es mejor decir la verdad, aunque sea dura.

Ya estaba instalado el tablado para la doble ejecución...

Era la noche. Al amanecer serían ejecutados.

Aquella noche, cuando todo el mundo dormía, se abrió la puerta de la celda en que velaban Miguel y Perico. Apareció un hada.

—Soy la Verdad — dijo —, y vengo a salvar a quienes me han amado y venerado. En mi reino sólo viven los hombres justos, como tú, Perico, y como tú, Miguel. Venid conmigo.

Una vez fuera, los esperaba una carroza de oro, con un caballo alado. ¡Cuál no sería la alegría y la sorpresa de Perico el labrador! Allí estaban su mujer disfrutando de una hermosa salud, y sus cuatro hijos, más hermosos que nunca. Si Miguel no encontró a nadie en la carroza, fué porque él no tenía familia.

Todos subieron, y en el instante el caballo alado tomó vuelo. Se detuvo en una hermosa ciudad, donde Miguel fué rey, y fué juez. Impartió la justicia y abrazó siempre la verdad.

Los soldaditos del rey

A caballo marchaban los tres generales.

Como iban a ver al rey, llevaban las negras botas altas muy brillantes y muy punteadas las guerreras con todas las cruces y condecoraciones.

Las barbas, que casi les llegaban a sus cinturas, iban muy bien rizadas.

Después de un largo silencio, en que sólo se oía el trotar lento de los briosos caballos, se pusieron a charlar.

—Yo tengo miedo de que el rey no entienda nuestras explicaciones.

—Y entonces, tal vez se le ocurra ahorcarnos — dijo el otro.

—Nada tan injusto — añadió el tercero.

—Naturalmente. Pero si está de mal humor y no comprende bien los mapas que de la guerra le llevamos, pudiera ocurrir que nos mande colgar.

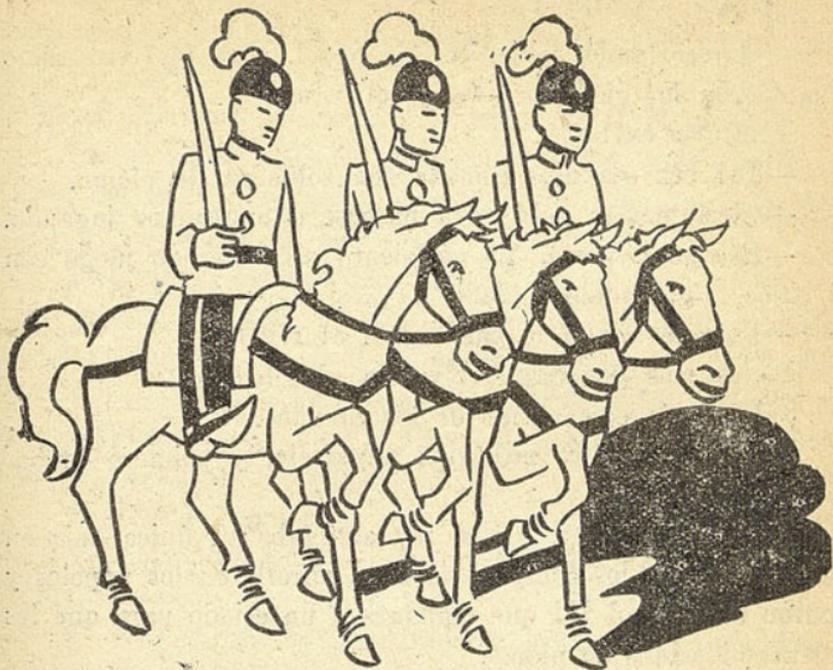
Los tres generales venían a dar las noticias de los últimos descalabros con un gesto de tristeza en sus semblantes.

Pero vamos a explicar al lectorcito lo que allí ocurría.

El rey Kittasol III estaba en guerra con el rey Chalekoff VIII.

Los tres generales venían a dar las noticias de los últimos combates. Pero como el rey era hombre malo, temían que, si no comprendía bien las explicaciones, les culpase a ellos.

Kittasol III tenía cara de veneno. Una sola ceja gorda le servía para los dos ojos. Los dientes de abajo le montaban sobre el labio superior...



Se veían muy bien los soldaditos

Había puesto la horca frente al balcón principal del palacio, para distraerse con los condenados, que dejaba colgados dos o tres días, para ver cómo los movía el viento.

Y cuando estaba de mal humor porque le doliera una muela, o porque se le hubiera perdido una perla de la corona, o porque no le habían aplaudido al aparecer en su palco del teatro, se ponía terrible.

En seguida sentía tentaciones de colgar a alguien.

Así era Kittasol III, y no parecía tener remedio su carácter.

Sin embargo, hablando los tres generales, uno dijo:

—Tal vez pintándole soldados en los mapas, lo comprenda mejor.

—O recortamos soldaditos de papel, para que vea cómo se movieron los ejércitos — dijo el otro.

Y el otro exclamó:

—Tal vez sea más cómodo con soldados de plomo.

—Ciertamente; pero va a parecer que estamos jugando.

—Eso no importa. Yo me siento niño cuando juego con mi chico, formándole soldados.

—Pues, a ver si le pasa igual al rey.

Y los tres generales volvieron al silencio.

Sólo se oía el caminar de los corceles.

Llegaron los tres militares a palacio, y primero probaron con los mapas.

Pero como vieron que el rey arrugaba su única ceja en señal de que no los comprendía bien, enrollaron los papeles y rogaron a Kittasol III que mandara a un criado para que les trajera soldaditos de plomo.

El criado fué al principal bazar en busca de dos cajas: amigos y enemigos.

Los generales decidieron esperar el tiempo que fuese, para ver las cajas.

Tenían la misma ilusión de esos niños que pasan la tarde en casa de un amiguito que celebra su santo, y esperan a ver todos los regalos que le hacen

Uno de ellos dijo:

—Voy yo mismo en un momento a ver si hay todavía en un escaparate de la calle del Perro un tren con vías, que puede explicaros divinamente hasta dónde llevan refuerzos vuestros trenes blindados.

El rey le dejó ir. Empezaba a comprender las fases de la batalla; pero también empezaba a amansarse y a gustar de los juguetes.

Al poco rato volvió el general, y luego el criado.

Kittasol III, lleno de impaciencia, ayudó a retirar los sillones del salón para dejar el suelo libre, como en esas casas en que improvisan un bailecillo.

Todo quedó formado.

—¡Qué lástima! — dijo un general —. Hemos debido mandar traer un par de castillos de esos que se venden para los Reyes Magos de los Nacimientos, porque con ellos se hubiera explicado muy bien el ataque que dimos entre los castillos de Peñanegra y Soldenoche.

El Rey le respondió:

—A otro día que vengas, ya tendré yo aquí todo. ¡No faltaba más!

El caso es que los generales se tuvieron que marchar a sus puestos de batalla y dejaban los juguetes con la misma pena que un niño que estaba jugando cuando le dicen que ha venido el profesor.

— — — —

En cuanto el rey se quedó solo, llamó al timbre con llamada impaciente. Y al criado que apareció, le dijo:

—Ven aquí, Leopardo.

En su tiempo de mal humor había puesto nombres de animales a todos los servidores.

—Escucha, Leopardo: vete otra vez a los bazares y tráeme más de todo. Y castillos para los cuatro rincones, y tiendecitas de campaña... Y aeroplanos, y buques, que sean todos de buen tamaño para estos soldados... Pero volando, volando, que los necesito en seguida. ¡Que tengo mucha prisa!

No era cierta la urgencia. Lo que pasa es que estaba impaciente como un chiquillo.

Volvió Leopardo y el rey se encerró solito con pestillo. Reunió lo siguiente:

- 6 Cajas de infantería.
- 6 Cajas de caballería.
- 4 Cajas de artillería.
- 4 Castillos.
- 12 Tiendas de campaña.
- 4 Aeroplanos.
- 3 Trenes.
- 6 Automóviles.
- 100 Piezas para construcciones.
- 5 Buques.
- 3 Cajas de marineros.

Con todo esto, Kittasol III se hizo en el suelo pueblos, ferrocarriles, puertos de mar, guerras, formaciones... ¡De todo!

¡Cuántas veces llegaba a olvidarse hasta de Chalekoff VIII, su enemigo!...

Como estaba bien encerrado con pestillo, a lo mejor sonaban dos golpes en la puerta, y una voz que decía:

—Majestad: la sopa está servida, y es de fideos, que tanto os gustan...

Y Kittasol III respondía:

—Dile a la reina que voy en seguidita; que en este momento no puedo.

Le costaba verdadero trabajo separarse de los juguetes



El rey estaba entusiasmado con su ejército de juguete.

Al fin se separaba, y ya en la mesa, decía a la reina:

—Perdón si he tardado; pero es que estoy estudiando al detalle la guerra con ese cruel enemigo. ¡Que me traigan pronto el café, que me voy corriendo otra vez!...

Y se volvía rápidamente a la sala de los juguetes, pero a jugar, a jugar él solito, bien encerrado con pestillo.

Y la reina, y los criados, y los nobles, y el pueblo todo, fueron notando la transformación.

Al rey se le fué dulcificando el gesto. Las cejas terribles se le peinaron solas, como un gato que se hubiera asustado con un perro y calmara luego sus pelos tiesos de la ira.

Y un día, por fin, apareció la sonrisa en sus labios.

Y otro día, ¡oh!, desapareció la horca de su sitio. La había mandado quitar el rey.

Y todos se decían:

—¿Por qué razón será esto?

Pero los generales se lo explicaron a la reina. Uno la dijo:

—Señora: dicen que la música amansa a las fieras. Igualmente, señora, los juguetes hacen niños a los hombres.

—Nosotros hemos traído juguetes al rey, y le hemos hecho niño — añadió otro general:

Y el tercero dijo:

—Y como todos los niños son en el fondo muy buenos, el rey, al hacerse niño, se ha hecho bueno...

Entonces la reina pidió a Kittasol III tres Medallas de la Bondad para los generales, y el pueblo celebró en su honor grandes festivales de banderas, cascabeles, aplausos y músicas.

El pollo y los dos gallos

Había una vez un gallo que se las daba de valiente. Un día tuvo una discusión con un pollo que ya estaba crecídito, y, sin más trámites, comenzaron a pelear.

El pollo resultó forzado y le dió al gallo una paliza tremenda, en medio del cacareo de extrañeza de todas las gallinas que presenciaban el combate.

En cuanto el gallo fanfarrón se quedó solo, exclamó:

—En realidad, este pollo no va a ser mal gallo más tarde. Sabe pelear. No ha hecho mal papel en su pelea conmigo.

Y después de hablar así se quedó muy satisfecho, como si hubiera sido el triunfador de la pelea.

Otro día, el gallo se topó con otro, ya viejo. También tuvo con él una discusión y comenzaron a pelear como dos boxeadores.

El gallo viejo, que había tenido muchas peleas en su vida, sabía combatir muy bien; de manera que le dió al gallo joven una excelente lección. Por poco lo deja ciego, de un picotazo. Además, le arrancó casi todas las plumas. En seguida, el gallo viejo se alejó, muy erguido, recordando, feliz, sus buenos tiempos.

Apenas el gallo joven se encontró solo, dijo en voz baja:

—¡Vaya con el viejito valiente! ¡Casi me la gana!... Resultó más forzado de lo que me pensaba yo...

Una gallina que estaba cerca y lo oyó, se echó a reír como pudo y lo trató de farsante. Y, en efecto, este gallo joven lo era: presumía de invencible y, sin embargo, en sus dos peleas más importantes, fué derrotado vergonzosamente, aunque él no quisiera reconocerlo.

Esto enseña, pues, a reconocér que no es a la edad del adversario a lo que hay que atender, sino a su experiencia, a su destreza y a su valor.

EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — Casilla 63-D.

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se darán buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 17 de septiembre.

El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrà más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

**Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que mejor colore los 16 cuadros de la
Página del Concurso.**

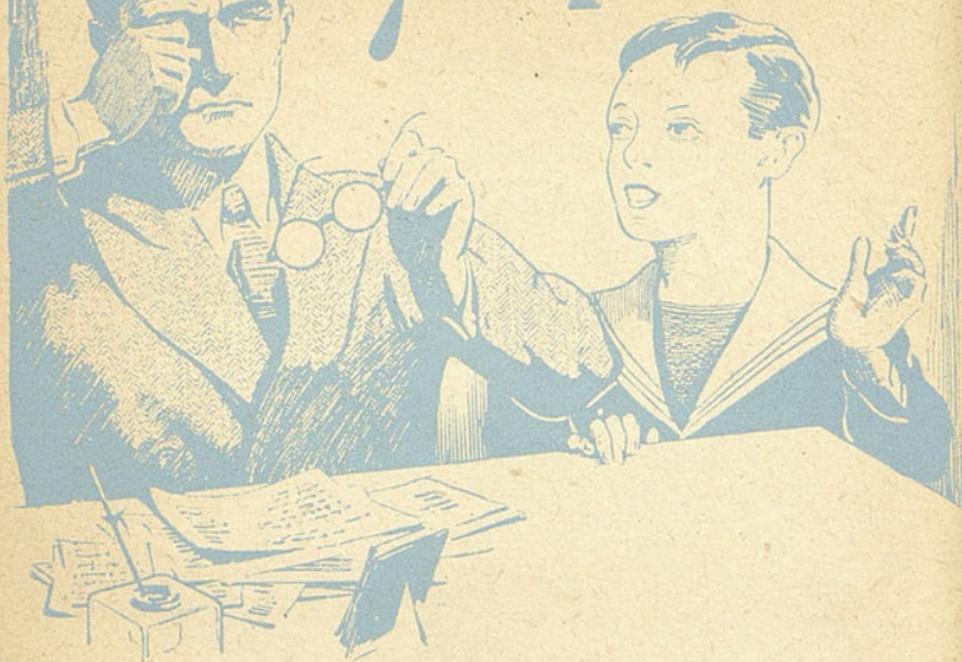
PAGINA DEL CONCURSO

(CUADRO N.º 8)



Póngale color a este dibujo y envíelo después a esta revista, con su nombre y dirección.

Papito!...



... mi abuelito tiene la culpa de que te duela la vista, porque no te hizo estudiar con buena luz cuando eras chico...

**YO NO QUIERO QUE
ME PASE LO MISMO!**

*Tienes razón hijito; pediré a la
CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.
un estudio de la intensidad luminosa que se debe
emplear en nuestro hogar.*